

04- LAS CONDICIONES DE VIDA EN LOS CAMPOS

Las duras condiciones de vida de los trabajadores son un hecho contrastado. Así y todo, resulta muy difícil trasladar asépticamente ese sufrimiento con palabras desde fuera. Es por eso por lo que hemos optado por dar voz a los protagonistas y resumir los relatos de varios prisioneros por temas. Nadie mejor que ellos para contarlo.

HAMBRE

"El hambre estaba presente en todos los momentos del día y de la noche, era como una música que no se te va de la cabeza, no pensábamos en otra cosa. Cuando estábamos trabajando siempre se nos escapaba la mirada hacia el campamento, desde arriba, desde la carretera. Si había humo sabíamos que había comida y si no había humo, otro día que sabíamos que no íbamos a comer. A veces te tirabas dos días sin comer, se hacía larguísimo, dos días estuvimos sin comer no sé cuántas veces.

Por la mañana nos despertaban a golpes, nos daban una taza con una infusión de cebada y nos mandaban a picar rocas y a palear tierra, para abrir el desmonte de la futura carretera. En la pausa del mediodía nos ponían en fila y uno echaba el caldo y otro los garbanzos, eran entre seis y siete garbanzos por persona, si a alguno le tocaban más los compartíamos. Eso comíamos hasta el día siguiente, y así un día tras otro.

Los que estaban al mando, se embolsaban las perras y no nos daban de comer, como nosotros no podíamos protestar, pues agua con algún garbanzo. Cada vez que llegaba un camión de intendencia, perniles de carne, sacos de azúcar, café... Todo eso desaparecía, a la cocina sólo llegaban los huesos. Los oficiales vendían la comida y se quedaban con el dinero, pero el que tenía perras podía comer, montaron una caseta para vender sardinas, vino, de todo... y eso para beneficio de los oficiales, se quedaban con la comida y encima si querías comer tenías que comprarles a ellos. Negocio redondo.

Comíamos lo que podíamos, mondas de patata que eran para los cerdos, bellotas de roble, nabos que eran para las vacas, incluso lagartos. Íbamos a robar a las huertas de los caseríos y a veces nos disparaban con sal, otras veces nos dejaban. Nunca se me olvidará el día en que un compañero se peleó con un

perro por un hueso que tenía restos de carne... Aún sigo viendo esa lucha que acabó con el hombre en el hospital.”

ALOJAMIENTO

“Al principio dormíamos a la intemperie, al raso. Nos hicimos unos agujeros en la tierra que cubríamos con ramas y hojas y allí pasábamos la noche. El otoño de ese año fue muy frío y lluvioso, los agujeros se llenaban de agua y con el frío, la humedad y el agotamiento del trabajo muchos de nosotros enfermamos. Los oficiales vieron que así no podíamos rendir en el trabajo y solicitaron la construcción de unos barracones. Así nació el campamento y los barracones.

Los barracones eran inhabitables, no había electricidad ni agua, el suelo era de tierra prensada y el tejado de chapa metálica. Dormíamos en el suelo, allí no había colchonetas ni narices, todos amontonados como si fuéramos sardinas en lata. No había fuego ni nada y allí estábamos, helados, tiritando, con las mantas que teníamos, acurrucados los unos con los otros, con la ropa puesta, siempre con piojos. En verano el calor era insostenible.

Teníamos que bajar hasta una fuente para beber agua y lavarnos, la higiene era casi inexistente y casi siempre teníamos piojos y chinches. Muchos compañeros cogieron la sarna, yo, afortunadamente, no.

En ese campamento vivíamos unos 1.100 prisioneros y según he visto luego los barracones tenían 950 metros cuadrados. Tocábamos a menos de 1 metro cuadrado por persona.”

ENFERMEDAD Y MUERTE

“En el campo de penados, con las lluvias, la humedad y el hambre, mi salud empeoraba por momentos. Tuve que ir a la enfermería con fiebres muy altas que resultaron ser tifoideas. estuve cuarenta y dos días entre la vida y la muerte ya que, allí no había antibióticos. Me vieron en tal mal estado que decidieron trasladarme al Hospital Disciplinario de Zumaia. Incluso hubo un momento en que pensaron que había muerto y me llevaron al depósito de cadáveres. Afortunadamente no fue así y cuando se dieron cuenta de que aún vivía me

volvieron a subir a la sala donde, al cabo de unos días, por fin cesaron las fiebres.

Yo tuve suerte, pero muchos otros compañeros no tanta. Uno estaba muy débil y se desmayaba muy a menudo. Aun así, le hacían ir a trabajar. Un día, al no volver en sí, le trasladaron al hospital y al llegar le pesaron y pesó 38 kilos. Al día siguiente murió. Otros murieron en accidentes laborales, por ejemplo, un corrimiento de tierras atrapo a cinco compañeros. Otros tres murieron en un accidente de tráfico en un traslado, y así muchos otros.

Capítulo aparte merecen las muertes violentas o como me gusta llamarlos a mí, asesinatos. Recuerdo que un compañero intentó robar comida de la cantina de oficiales. La paliza que recibió le supuso la muerte. También había casos de fusilamientos por intentos de fuga o por algún acto de indisciplina que ellos consideraban grave. Así murieron otros muchos trabajadores. Sin duda la enfermedad y la muerte también eran parte de nuestro día a día."

TRABAJO EXTENUANTE

"El trabajo era muy duro, pero, a menudo ya estábamos agotados cuando llegábamos al puesto de trabajo, habíamos dormido poco y mal, habíamos desayunado agua templada y habíamos caminado cuatro kilómetros desde el campamento sin calzado y con los picos y las palas al hombro.

Para hacer la carretera teníamos que limpiar la zona por donde iba a pasar, quitar la tierra, las piedras y los árboles. Luego allanarlo y hacer la caja y rellenarla con piedras grandes. Las rocas grandes se rompían con porras. Te ponían dos o tres y tenías que estar en el tajo hasta terminarlos, salíamos reventados y con lo que nos daban de comer no se compensaba el esfuerzo.

Otros días teníamos que cargar sacos de arena a la espalda y si no podíamos nos golpeaban hasta caer. Otros compañeros trabajaban con explosivos sin ninguna medida de seguridad. No había casi ningún tipo de maquinaria, todo lo hacíamos nosotros a mano, para que gastar si nosotros lo hacíamos gratis y sin rechistar.

Acabábamos molidos. Las jornadas se realizaban de lunes a sábado, de 8 de la mañana a 6 o 7 de la tarde, según la luz natural que proporcionaba la estación,

a veces hasta las 8. Los domingos había misa y nos llevaban al pueblo escoltados, hay teníamos algún contacto con la población. A veces nos daban charlas para la formación moral, para que viéramos como se debía ser y que nos podríamos reformar si quisiéramos. Las visitas estaban permitidas, pero en la práctica casi ninguno la recibía.”

LAS FUGAS

“Dicen que el principal deber de un prisionero es huir y en nuestro caso era casi una cuestión de supervivencia. Si te pillaban te mataban, pero quedándote en el campamento también había muchas posibilidades de morir, así que muchos lo intentamos o por lo menos pensamos o soñábamos con ello.

La suerte de los evadidos fue muy diversa. Algunos fueron apresados a las pocas horas o días de la fuga. A esos los solían fusilar inmediatamente delante de todos para que sirvieran de ejemplo y para amedrentar a los demás. A otros tardaron más tiempo en echarles el guante. Conseguían llegar a sus pueblos y allí intentaban vivir escondidos, pero no siempre lo lograban.

Hubo algunos casos de éxito, que se marcharon y nunca se volvió a saber de ellos. Supongo que pasarían la frontera, que estaba muy cerca, y ya de ahí marcharon a México o a otros sitios. Esos fueron los afortunados. Otra forma de huida era más sutil. Un compañero fingió continuos ataques epilépticos hasta que consiguió que lo mandaran para casa. Los demás, la mayoría, no nos atrevimos y seguimos en la esclavitud, aunque siempre soñando con la fuga”